1

4 de diciembre de 1929

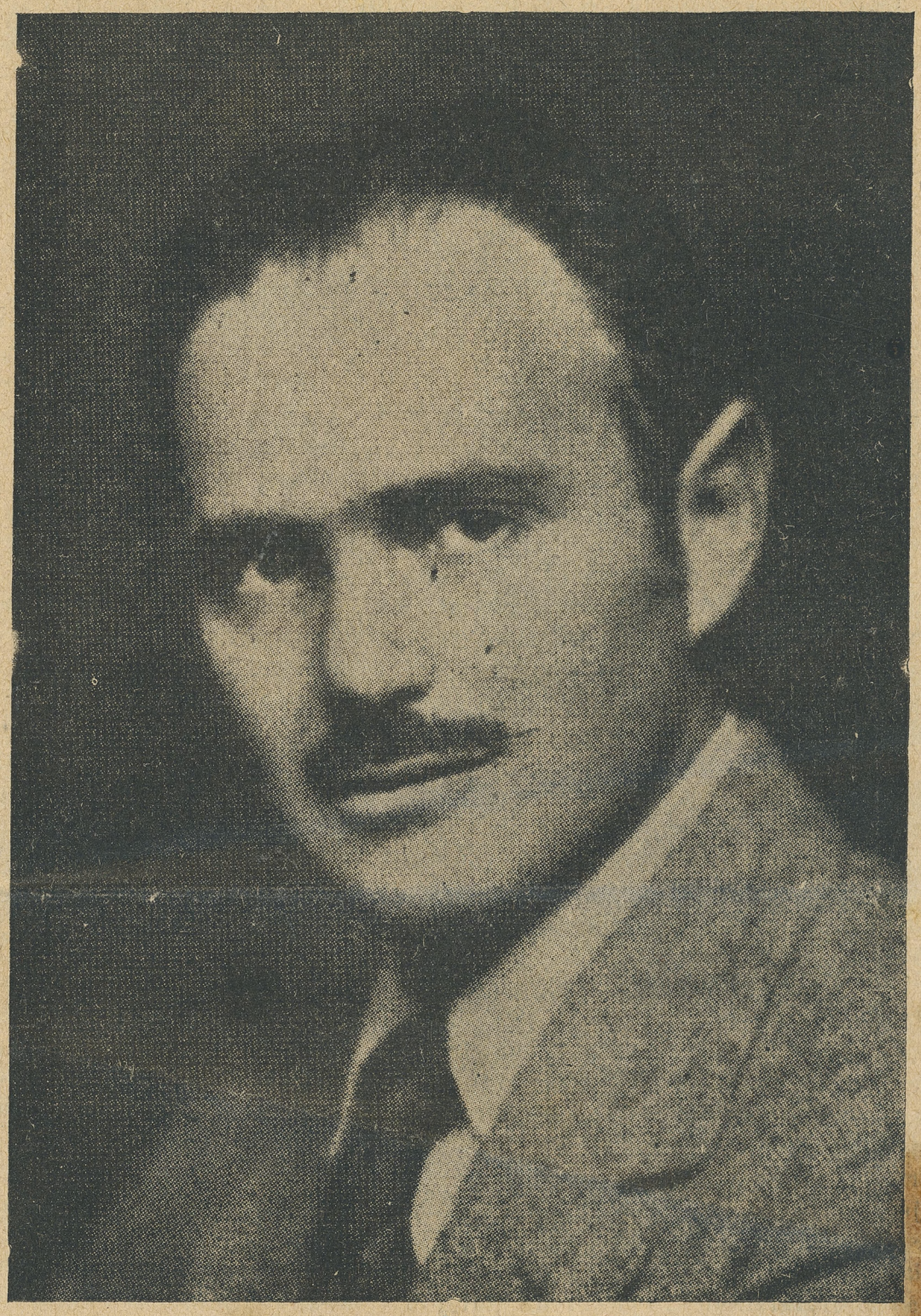
30 Figuras y aspectos de la vida mundial

ITINERARIO DE WALDO FRANK *

Contra mi hábito, quiero comenzar este artículo con una nota de intención autobiográfica. Hace más de cuatro años que escribí mi primera presurosa impresión sobre Waldo Frank. No había leído hasta entonces sino dos de su libros, "Nuestra América" y "Rahab", y algunos ensayos y cuentos. Este eco suramericano de su obra no habría sido advertido por Frank sin la mediación acuciosa de un escritor desaparecido: Adalberto Varallanos. Frank recibió en New York, con unas líneas de Varallanos, el número del "Boletín Bibliográfico de la Universidad" en que se publicó mi artículo, y me dirigió cordiales palabras de reconocimiento. Empezó así nuestra relación. De entonces a hoy, los títulos de Frank a mi admiración se han agrandado. He leído con interés excepcional cuanto de él ha llegado a mis manos. Pero lo que más me ha aproximado a él es cierta semejanza de trayectoria y de experiencia. La razón íntima, personal, de mi simpatía por Waldo Frank reside en que, en parte, hemos hecho el mismo camino. En este artículo que es, en parte, mi bienvenida, no hablaré de nuestras discrepancias. Su tema más espontáneo y sincero es nuestra afinidad. Diré de qué modo Waldo Frank es para mí un hermano mayor.

Como él, yo no me sentí americano sino en Europa. Por los caminos de Europa, encontré el país de América que yo había dejado y en el que había vivido algo extraño y ausente. Europa me reveló hasta qué punto pertenecía yo a un mundo primitivo y caótico; y al mismo tiempo e impuso, me esclareció el deber de una tarea americana. Pero de esto, algún tiempo después de mi regreso, yo no tenía una consciencia clara, una noción nítida. Sabía que Europa cuando parecía haberme conquistado enteramente me había restituído al Perú y América; más no me había detenido a analizar el proceso de esta reintegración. Fué al leer en agosto de 1926, en "Europe", las bellas páginas en que Waldo Frank explicaba la función de su experiencia europea en su descubrimiento del Nuevo Mundo, que medité en mi propio caso.

La adolescencia de Waldo Frank transcurrió en New York en una encantada nostalgia de Europa. La madre del futuro escritor amaba la música. Beethoven, Wagner, Schubert, Wolf, etc., eran los genios familiares de sus veladas. De esta versión musical del mundo que presentía y amaba, nace tal vez en Frank el gusto de concebir y sentir su obra como una sinfonía. La biblioteca paterna era otra escala de



WALDO FRANK

esta evasión. Frank adolescente interrogaba a los filósofos de Alemania y Atenas con más curiosidad que a los poetas de Inglaterra. Cuando, muy joven aún, niño todavía, visitó Europa, todos sus paisajes le eran familiares. La oposición de un hermano mayor frustró su esperanza de estudiar en Heidelberg y lo condenó a los cursos y al clima de Yale. Más tarde, emancipado por el periodismo, Frank encontró, finalmente, en París todo lo que Europa podía ofrecerle. No sólo se sintió satisfecho sino colmado. París, "ciudad enorme, llena de gentes dichosas, de árboles y de jardines; ciudad indulgente a todos los humores, a todas las libertades". Para el periodista norteamericano que cambiaba sus dólares en francos, la vida en París era plácida y confortable. Para el joven artista de cultura cosmopolita, París era la metrópolis refinada donde hallaban satisfacción todas sus aficiones artísticas.

Pero la savia de América estaba intacta en Waldo Frank. A su fuerza creadora, a su equilibrio sentimental, no bastaba el goce fácil de Europa. "Yo era feliz—escribía Frank en esa confesión en la que estaban ya los motivos de su primera conferencia de Lima—; no era **necesario.** Me nutría de lo que otros en el curso de los siglos habían creado. Vivía en parásito; este es al menos el efecto que yo me hacía." En esta frase profunda, exacta, terriblemente cierta: "yo no era **necesario**", Frank expresa el sentimiento íntimo del emigrado al que Europa no puede retener. El hombre para el empleo gozoso de su energía, para alcanzar su plenitud ha menester de sentirse necesario. El americano al que no sean suficientes espiritualmente el refinamiento y la cultura de Europa, se reconocerá, en París, Berlín, Roma, extraño, diverso,

* Publicado en Variedades, Lima, 4 de diciembre de 1929.

inacabado. Cuanto más intensamente posea a Europa, cuanto más sutilmente la asimile, más imperiosamente sentirá su deber, su destino, su vocación de cumplir en el caos, en la germinación del Nuevo Mundo, la faena que los europeos de la Antigüedad, del Medioevo, del Renacimiento, de la Modernidad nos invitan y nos enseñan a realizar, Europa misma rechaza al creador extranjero, al disciplinarlo y aleccionarlo para su trabajo. Hoy, decadente y fatigada, es todavía asaz rigurosa para exigir de cada extraño su propia tarea. La hastían las rapsodias de su pensamiento y de su arte. Quiere de nosotros, ante todo, la expresión de nosotros mismos.

De regreso a los veintitrés años a New York, Waldo Frank inició, bajo el influjo fecundo de esta experiencia, su verdadera obra. "De todo corazón—dice—me entregué a la tarea de hacerme un sitio en un mundo que parecía marchar muy bien sin mí." Cuando, años después, tornó a Europa, ya América había nacido en él. Era ya bastante fuerte para las audaces jornadas de su viaje a España. Europa saludaba en él al autor de "Nuestra América", al poeta de "Salvos", al novelista de "Rahab", "City Block", etc. Estaba enamorado de una empresa difícil, pensando en la cual exclamaba con magnífico entusiasmo: "¡Podemos fracasar, pero tal vez acertaremos!" Al reembarcarse para New York, Europa quedaba esta vez "detrás de él" No es posible entender todo el valor de esta experiencia, sino al que, parcial o totalmente, la ha hecho. Europa para el americano—como para el asiático—no es sólo un peligro de desnacionalización y de desarraigamiento; es tambien la mejor posibilidad de recuperación y descubrimiento del propio mundo y del propio destino. El emigrado no es siempre un posible "deraciné". Por mucho tiempo, el descubrimiento del Nuevo Mundo es un viaje para el cual habrá que partir de un puerto del viejo continente. Waldo Frank tiene el impulso, la vitalidad del norteamericano; pero en Europa ha hecho, como lo digo de mí mismo en el prefacio de mi libro sobre el Perú, su mejor aprendizaje. Su sensibilidad, su cultura, no serían tan refinadamente modernas si no fuesen europeas. ¿Acaso Walt Whitman y Edgard Poe no eran más comprendidos en París que en New York, cuando Frank se preguntaba, en su juventud, quiénes eran los "representative men" de Estados Unidos? El unanimismo francés frecuentaba amorosamente la escuela de Walt Whitman, en una época en que Norte América tenía aun que ganar, que conquistar a su gran poeta.

En la formación de Frank, mi experiencia me ayuda a apreciar un elemento: su estación de periodista. El periodismo puede ser un saludable entrenamiento para el pensador y el artista. Ya ha dicho alguien que más de uno de esos novelistas o poetas, que miran al escritor de periódico con la misma fatuidad con que el teatro miraba antes al cine, negándole calidad artística, fracasarían lamentablemente en un reportaje. Para un artista que sepa emanciparse de él a tiempo, el periodismo es un estadio y un laboratorio, en el que desarrollará facultades críticas que ,de otra suerte, permanecerían tal vez embotadas. El periodismo es una prueba de velocidad.

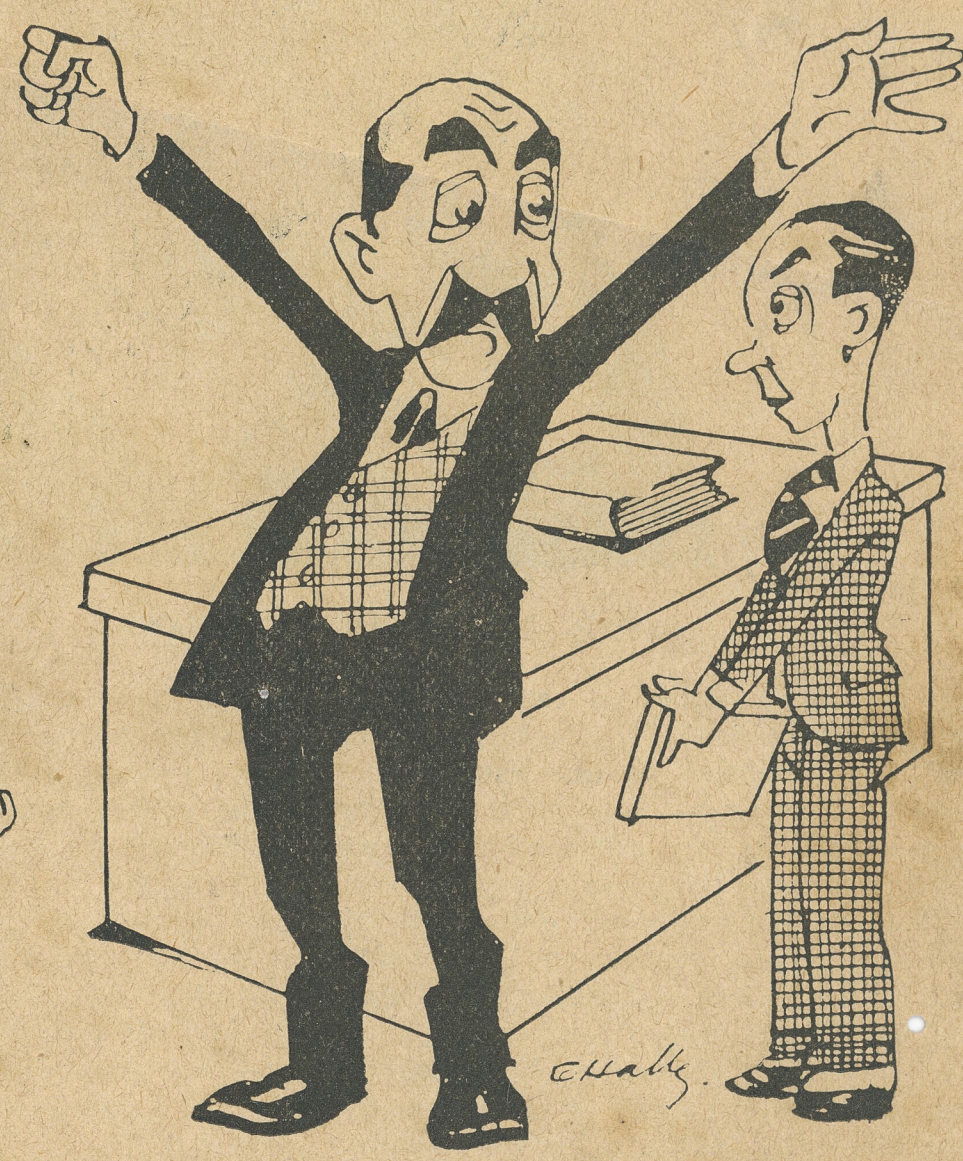
Terminaré esta impresión desordenada y subjetiva, con una interrogación de periodista: Del mismo modo que sólo un judío, Disraeli, llegó a sentir en toda su magnificencia, con lujo y fantasía de oriental, el rol imperial de Inglaterra, en la época victoriana, ¿no estará reservado a un judío, la ambiciosa empresa de formular la esperanza y el ideal de América, en esta edad cosmopolita?

José Carlos MARIATEGUI

—ELLA — Mi marido tiene el defecto de no saber jugar.

—Pero es no es un defecto!

—Sí, porque a pesar de eso, juega.



—¡Nunca creí que tus estudios costarán tan caro!

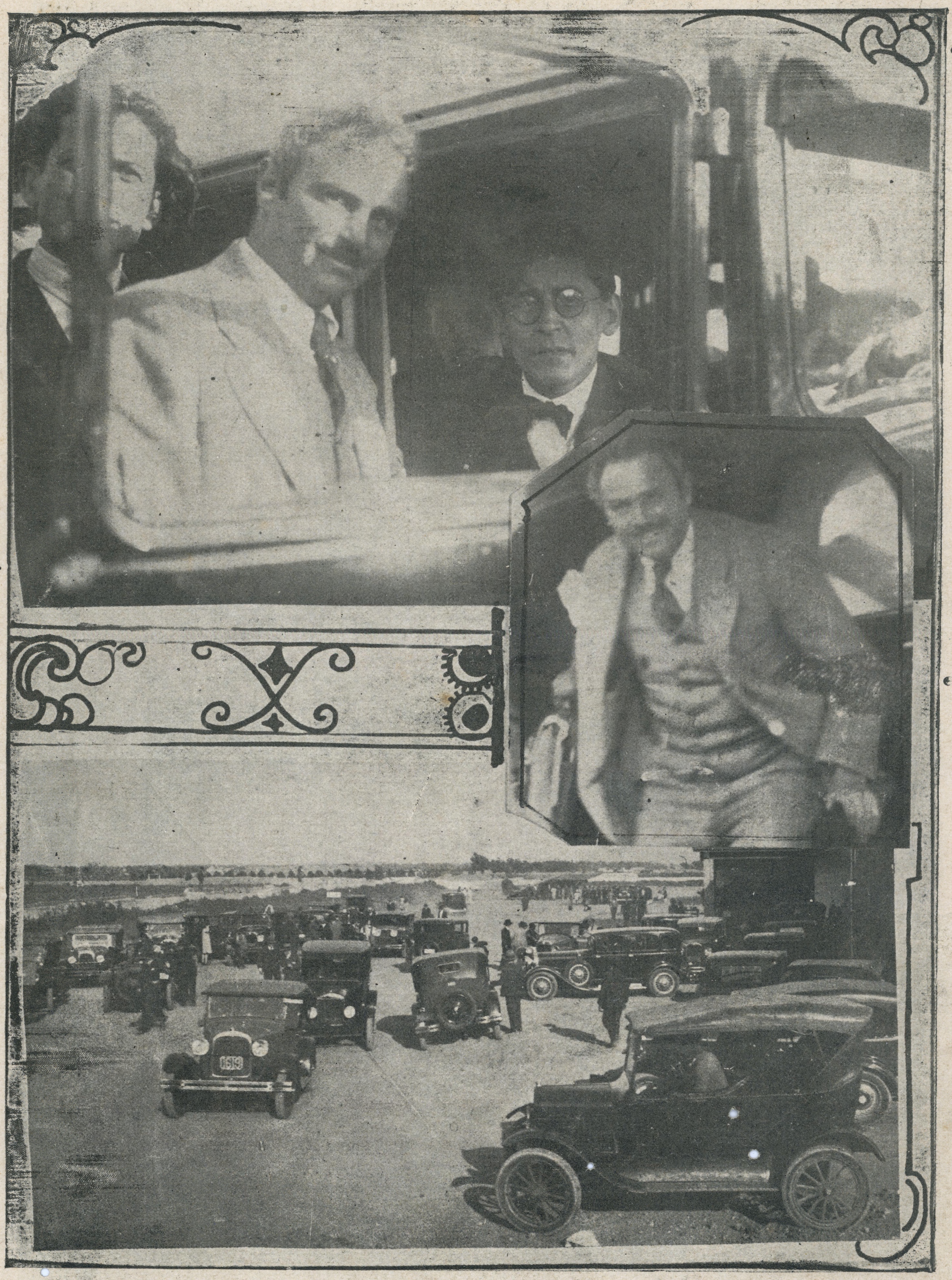
—¡Y eso que soy uno de los que estudian menos!

4 de diciembre 1929

#113

LA FIGURA DE LA SEMANA

W A L D O F R A N K



La nota central de la semana la constituye la llegada a Lima del eminente pensador americano Waldo Frank. Después de su resonante visita a Buenos Aires, Santiago y La Paz, se detuvo breves horas en Arequipa, trasladándose a Lima, que tanto deseaba conocer, en avión, defiriendo a la invitación de que ha sido objeto por parte de un grupo de intelectuales y artistas peruanos. Numerosas personas dieron la más cordial bienvenida al ilustre escritor, en el campo de aterrizaje del Country Club.

El lunes y martes ofreció Waldo Frank dos notabilísimas conferencias grávidas de ideas y de generosas sugestiones y bellísimas de expresión, en el Teatro Municipal, ante numeroso público que le ovacionó calurosamente.

Damos varios gráficos del arribo de Frank. En uno de ellos aparece al lado de nuestro distinguido colaborador José Carlos Mariátegui, que en otro lugar de este número estudia la personalidad del ilustre huésped.